

Paraguay y la alternancia inverosímil

«La puerta es la que elige, no el hombre»
Fragmentos de un evangelio apócrifo,
Jorge Luis Borges

Introducción

Cuando se realiza la provocadora convocatoria a reflexionar sobre la coyuntura política del Paraguay considerando la cercanía de las elecciones presidenciales de 2008, la primera tentación es escribir sobre estrategias y candidatos: pronunciarse sobre la liberación del ex general Oviedo, sobre la fractura de la Concertación o sobre la conflictiva interna colorada. También existe mucho interés en desplegar ardidess detectivescos, poniendo la lupa en acciones políticas y extrapolíticas y realizando dobles, triples hasta infinitas lecturas de las acciones y discursos de los líderes políticos y sociales o, mejor aún, buscando ardidess conspirativos y hallando colusiones y complejas estratagemas en cada esquina del mapa sociopolítico.

Jorge Pablo Brugnani

Uruguayo, residente en Paraguay desde 2001. Se recibió como politólogo en la Universidad de la República de Montevideo, donde actualmente cursa la maestría de Ciencia Política; ha realizado además estudios de especialización en Democracia y Género.

Es profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica «Nuestra Señora de la Asunción» y en la Facultad de Derechos y Ciencias Sociales de la UNA. Ha sido Analista Senior en el proyecto de «Promoción de la Gobernabilidad Democrática» del PNUD, trabajando en la construcción de un sistema de información y conocimiento para la gobernabilidad democrática en Paraguay.

Ha colaborado con el semanario Brecha (Montevideo, Uruguay), la revista Acción (Asunción, Paraguay) y otras diversas publicaciones.

Sin embargo, a veces esa búsqueda de los analistas se ve superada por las jugadas de los actores políticos que son crudamente explícitas, quizás porque se sienten orgullosos de su inteligente maquiavelismo y que, por tanto, dejan poco lugar para quienes intentan desvelar sutilezas. Una sola reflexión al respecto antes de entrar en el tema del artículo: la dinámica política requiere innovación y creatividad, pero existe el riesgo de exagerar el número de acrobacias, giros, saltos, idas y venidas; por ello, los juegos tácticos deben estar enmarcados en una mínima estrategia de mediano y largo plazo, que le dé sentido a las acciones particulares. De lo contrario, estamos en un escenario cercano a la esquizofrenia, en el que todo es posible pero nada es probable. Quienes entienden que el éxito de la democracia radica en buscar algunas áreas de certidumbre en el campo de la incertidumbre que implica la inefable decisión de cada uno de los ciudadanos, sienten que la situación no parece mejorar. Asimismo, la experiencia muestra que los golpes de timón muchas veces derivan en escenarios inéditos, alejados de los intereses iniciales. Eso es solamente un comentario al margen, cuando varias cajas de Pandora parecen abrirse en la política paraguaya.

Ante esta complejidad, la alternativa más simple para pensar en el tema a desarrollar durante las siguientes líneas es referir a un hecho incontestable y construir a partir de él un análisis que pueda ser, aunque parcialmente, original, y que brinde una luz diferente para mirar la realidad. Este ejercicio puede ayudar a pensar en las particularidades del sistema político paraguayo, ignorando esa tonta idea de que estamos en el cementerio de las teorías. Como si la realidad tuviera la culpa de la insuficiencia de los marcos de análisis. Las teorías que perecen en su intento de explicación son las que no contemplan las particularidades de una sociedad poco estudiada y, por tanto, poco comprendida. La democracia paraguaya tiene las características particulares de otras democracias latinoamericanas (como perspicazmente lo expuso O'Donnell en su conceptualización de las democracias delegativas de la región y su inherente incapacidad estatal). Pero también tiene otras específicas, que deben ser identificadas e incorporadas. Desde un humilde intento, en este artículo se pretende llamar la atención sobre la histórica ausencia de alternancia de partidos en el poder por mecanismos democráticos como un factor que afecta la lógica del sistema y que permite comprender algunas especificidades de la coyuntura política actual.

La forma de exposición consiste en presentar la idea principal y a continuación sus principales implicancias. Al final, como conclusiones, se realiza una recapitulación y un breve comentario sobre la perspectiva hacia el futuro.

La marca de la historia

La consolidación de la democracia en Paraguay está velada por una sombra, por una ausencia devenida fantasma: nunca existió una alternancia democrática de partidos en el gobierno nacional. Que no se encuentre en toda la historia política del país una sustitución partidaria democrática en la dirección del Estado no es una ausencia más, algo similar a decir que tampoco nunca existió una fuerza de oposición con capacidad de articulación social y política amplia. Es mucho más que eso: es decir que la falta de alternancia ha permeado la lógica de funcionamiento del sistema político, ha ingresado en el inconsciente de la ciudadanía y de las élites políticas como un espíritu negador, invisible y sutil, de que en el futuro cercano pueda existir un cambio democrático de partidos en el gobierno.

Esta carencia afecta la dinámica entera del sistema político, desde la elección personal de aquellos ciudadanos cuya participación se limita únicamente a votar, hasta la actitud cotidiana de los políticos profesionales, tanto del gobierno como de la oposición. La posibilidad de una transición a un gobierno de otro partido es sentida, en primer lugar, como una fractura institucional, más que como un cambio natural y propio del régimen político. En segundo lugar, y en gran parte determinado por lo anterior, esa alternancia aparece como un fenómeno inverosímil, como una posibilidad exageradamente improbable. Por supuesto, esto no se manifiesta explícitamente, ni siquiera es siempre consciente; como decíamos, es un fantasma que deambula en la inconsciencia y las palabras no dichas, aunque no por eso carece de realidad.

Al diluirse en un horizonte confuso la posibilidad de alternar partidos en el gobierno, la lógica de funcionamiento real del sistema pasa a ser un híbrido entre la democrática y la autoritaria. Esta percepción colectiva tiene múltiples impactos, siendo el más importante la limitación del valor que los ciudadanos le otorgan al voto. Evidentemente, si no se asume la posibilidad de un cambio, qué importancia puede tener elegir a los próximos gobernantes. Quien está en desacuerdo con el gobierno es un votante desahuciado, si es que vota; paralelamente, quien está de acuerdo toma como impertinentes a las voces críticas. Ambos extremos representan actitudes que fácilmente pueden deslizar hacia actitudes autoritarias.

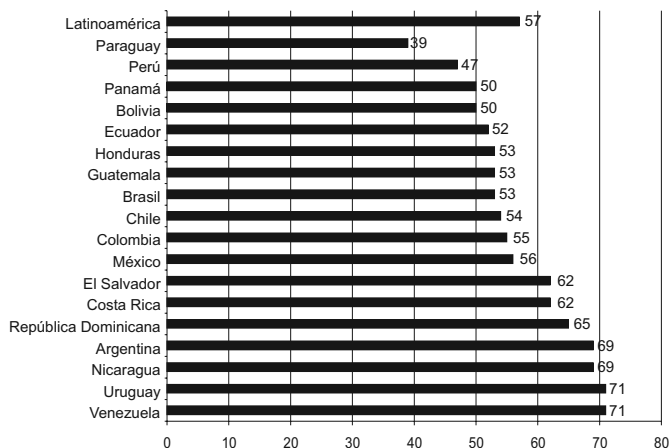
A continuación presentaremos las evidencias y ensayaremos algunas posibles consecuencias de lo dicho hasta aquí.

La «alternancia inverosímil» al nivel ciudadano

Al nivel ciudadano, existe un fenómeno muy llamativo y particular del Paraguay que sólo puede ser explicado por este generalizado sentimiento de que es imposible cambiar al partido gobernante en el marco del régimen democrático. En primer lugar, es fácil imaginar que si no se plantea como posibilidad real el cambio de partidos en el gobierno, al voto se le debe asignar una muy baja efectividad. Efectivamente, como vemos en el cuadro seleccionado del informe 2006 del Latinobarómetro, para la ciudadanía, la efectividad del voto es la más baja en América Latina¹.

Lo más efectivo para cambiar las cosas: VOTAR. América Latina 2006.

*P. ¿Qué es más efectivo para que Ud. pueda influir en cambiar las cosas, votar para elegir a los que defienden mi posición, participar en movimientos de protesta y exigir los cambios directamente o cree Ud. que no es posible influir para que las cosas cambien? *Aquí sólo «votar para elegir a los que defienden mi posición».*



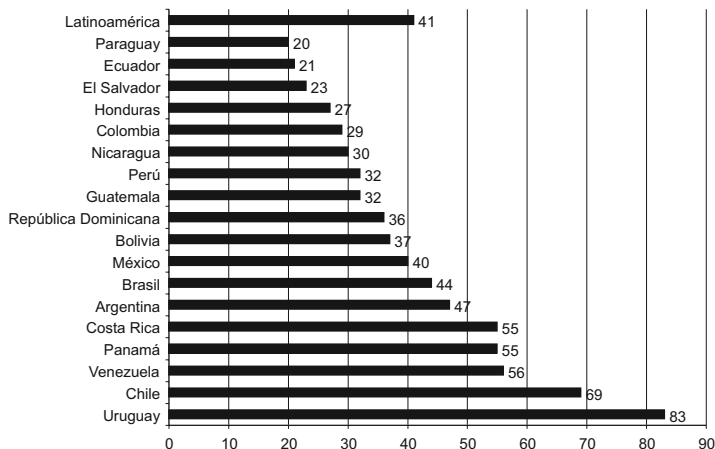
En segundo lugar, asistimos a un sostenido deterioro de la confianza ciudadana en el régimen democrático, ya sea en la democracia en cuanto tal como en sus instituciones características. Tomemos solamente dos variables (aunque se podrían tomar muchas otras): por un lado, la que alude al fenómeno más característico de la democracia, como es la elección nacional, y en ese sentido, el grado de transparencia que le atribuye el ciudadano y, por otro, la que, en forma general, manifiesta el grado de satisfacción ciudadana con el régimen democrático.

¹ Los cuadros y gráficos fueron extraídos del Informe de Prensa 2006 de la Corporación Latinobarómetro. Ver: <http://www.latinobarometro.org>

Elecciones Limpias o fraudulentas.

Totales por país 2006

P. ¿Ud. cree, en términos generales, que las elecciones en este país son limpias o fraudulentas? Aquí sólo «Las elecciones en este país son limpias».



Esta información es penosamente ilustrativa del progresivo descreimiento en la democracia, uno de los más importantes en el contexto latinoamericano. Esos datos crudos ya son llamativos. Pero más llamativos son si consideramos que durante todos esos años no se ha cambiado al partido gobernante. Es decir, esa ciudadanía que deja de confiar en la democracia no ha optado en todos estos años por utilizar el procedimiento democrático más natural de demostrar el descontento, como es la alternancia en el poder. Es precisamente esta «incredulidad» respecto a la posibilidad de cambiar el color de los gobernantes que lleva al ciudadano descontento con la gestión gubernamental a asumir una posición crítica con el sistema democrático en su conjunto, con los partidos políticos, con el parlamento, sin centrarse en el partido o fracción que gobierna. Los desacuerdos se generalizan a todos los políticos e instituciones antes que atribuirlos específicamente a quien tiene la responsabilidad de la dirección.

Teóricamente, el régimen democrático demuestra una mayor estabilidad frente a los gobiernos autoritarios porque el descontento se dirige primero al gobierno, es decir a los integrantes de los partidos que ocupan los principales cargos de dirección política del Estado y recién luego de varias alternancias infructuosas al régimen político, es decir a las reglas y procedimientos establecidos para ocupar y ejercer el gobierno. Primero se imputa el descontento al gobierno de turno con el correspondiente estímulo al desplazamiento del partido en el poder. En un

estadio posterior de desilusión la ciudadanía pondría en cuestión al régimen en sí mismo.

Satisfacción con la democracia Totales por país 1995-2006

*P. En general, ¿Diría Ud. que está muy satisfecho, más bien satisfecho, no muy satisfecho o nada satisfecho con el funcionamiento de la democracia en (país)? *
Aquí «Muy satisfecho» más «Más bien satisfecho».*

	1995	1996	1997	1998	1999/ 2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2005-6
Perú	44	28	21	18	22	16	18	11	7	13	23	10
Ecuador		33	31	34	22	15	16	24	14	14	22	8
Bolivia		25	33	34	23	26	24	25	17	24	39	15
Paraguay	28	21	15	24	13	11	7	9	13	17	12	-5
Uruguay	57	51	65	68	69	56	53	44	45	63	66	3
Costa Rica		51	68	54	60	51	75	46	47	39	48	9
Nicaragua		24	51	26	23	24	59	31	21	18	26	8
Argentina	51	34	42	50	45	20	8	34	34	34	50	16
Guatemala		17	40	57	39	17	35	21	20	28	31	3
México	22	12	45	21	37	26	18	18	18	24	41	17
Brasil	30	20	23	27	19	21	21	28	28	22	36	14
Panamá		28	39	34	48	21	44	24	35	20	40	20
Honduras		19	49	37	43	35	62	37	30	26	34	8
El Salvador		26	48	47	21	21	38	33	37	37	25	-12
Venezuela	36	30	36	35	55	41	40	37	42	56	57	1
Chile	33	28	37	32	33	23	28	33	41	43	42	-1
Colombia		16	40	24	25	8	11	22	30	29	33	4
R. Dominicana									36	43	49	6
América Latina	38	27	41	37	36	25	32	29	29	31	38	7

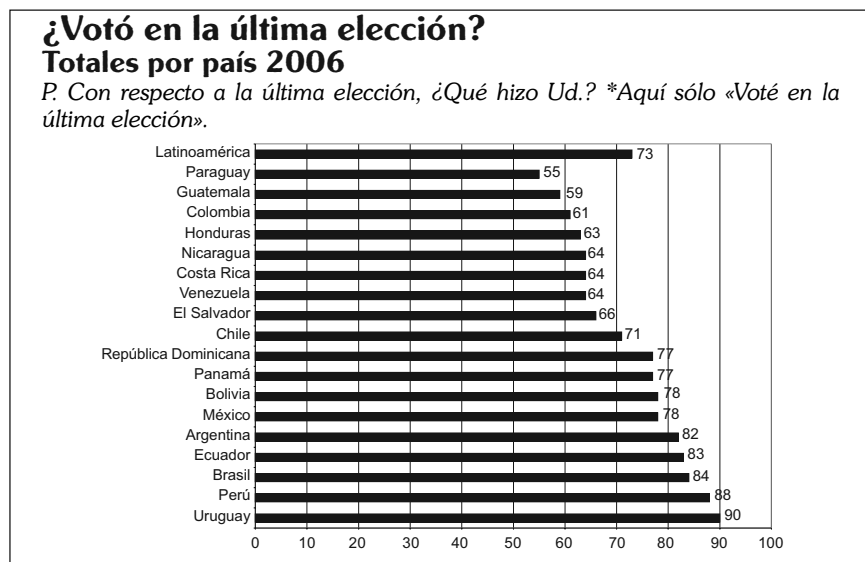
En los regímenes autoritarios, por el contrario, en tanto no se contempla la alternancia, el descontento fácilmente se canaliza hacia la pretensión de un cambio de régimen político, o sea, hacia las reivindicaciones democráticas. El malestar ciudadano socava directamente al autoritarismo como tal.

Pero de acuerdo a lo que ocurre en Paraguay, podemos colegir que la ciudadanía manifiesta opiniones que no parecen apoyarse en supuestos democráticos, sino autoritarios. Esos supuestos precisamente, son los de la imposibilidad de la alternancia democrática en el poder y, en el caso de ocurrir un cambio de partido, se espera que sobrevenga en el contexto de una ruptura institucional.

Esta es una respuesta verosímil y lógica del, en primera instancia, inexplicable fenómeno de un alarmante deterioro democrático que no conoce el limbo de la alternancia.

En estrecha relación con el fenómeno mencionado, aunque determinado también por otros factores, podemos explicar el bajo nivel de

empadronamiento y participación política. Sólo como un indicio, podemos ver otro cuadro que nos presenta la Corporación Latinobarómetro, que nos señala la importancia absoluta del fenómeno en Paraguay, así como la relativa en el contexto latinoamericano.



La «alternancia inverosímil» al nivel de las élites

Entre los espíritus de las élites dirigenciales también se infiltró el invisible fantasma de no creer en la alternancia y de percibirla, en caso de ocurrir, como una ruptura radical del sistema político.

Seguramente los asiste una buena parte de razón. Durante décadas la estructura del partido en el gobierno se confundió con la del Estado, y esa misma simbiosis ocurrió al nivel simbólico. La esfera estatal y la partidaria se entremezclaron de tal manera durante el proceso dictatorial del general Alfredo Stroessner (1954-1989) que llevó a afirmar que se transformó en un régimen de partido Estado: «De hecho, el control partidario absoluto sobre el aparato del Estado –las Fuerzas Armadas, la burocracia y la administración pública– sirvió para hacer tan borrosa la distinción entre el poder del Estado y el poder del partido que el vínculo que unía a los funcionarios públicos no era sus cargos ni el hecho de que fueran funcionarios públicos, sino más bien que eran miembros del mismo partido político. Por lo tanto, en vez de referirnos

² Ver: Abente Brun, Diego «Un sistema de partidos en transición: el caso del Paraguay» en *Revista Paraguaya de Sociología* N° 96, mayo-agosto de 1996.

al Partido Colorado como a un partido del Estado, o al Estado Stronista como a un Estado del Partido, quizás deberíamos referirnos al régimen de Stroessner como a un régimen de partido-Estado».²

Esa interpenetración estructural entre el partido y el Estado tuvo un correlato simbólico muy fuerte y, en tanto impregna las actitudes y los valores, con un efecto más duradero que los arreglos legales y prácticos. La identificación entre el Estado y el partido se diluye muy lentamente, obstinándose en permanecer en las neuronas colectivas. Ese imaginario se muestra relativamente independiente de lo que acontece en la dinámica política cotidiana, así como también el valor simbólico de las adhesiones político partidarias tradicionales es tan grande que se encuentra relativamente desligado de esta práctica política. Es muy ilustrativa la observación de José Nicolás Morínigo, que plantea una distinción entre el partido como ideal, que contiene los principios al que adhieren los ciudadanos, y el partido real, que recoge los votos de esos adherentes, aún teniendo una práctica contraria a la consagrada en los ideales: «El partido se convierte en un referente de identidad social, por consiguiente, entre el partido ideal, visualizado a través de la declaración de principios, los estatutos y el ideario y el partido real, que se funda en la praxis concreta de los partidos, se produce un distanciamiento tan grande que el partido ideal simplemente tiene una función legitimadora de una opción tradicional. Así por ejemplo, los afiliados al Partido Colorado que fueron críticos de la dictadura, siguieron siendo colorados aún cuando el partido como organización y realidad colectiva tenga una praxis fundamentalmente antidemocrática. En estas circunstancias, el afiliado crítico se remite al partido ideal para justificar su continuidad en un partido con una praxis jerárquica y básicamente contraria a los valores de la democracia. Se recurre al partido ideal como una suerte de modelo que se sobrepone al partido real».³

En adición a ello, la transición a la democracia surgió como una fractura interna de las élites que sostenían al gobierno autoritario, pero dentro del mismo partido en el poder. No existió un quiebre traumático que manifieste un desplazamiento del partido en el poder, sino un cambio de régimen político y luego, el 25 de abril de 1996, cuando Wasmosy declara que no nombraría al general Lino César Oviedo como ministro de Defensa, un desplazamiento de las élites militares. Pero todo ello, bajo la égida del mismo partido político, incólume en el poder.

Por todo ello, es comprensible que exista un sentimiento generalizado de que un desplazamiento del Partido Colorado de la dirección guber-

³ Ver: Morínigo, José Nicolás «Partidos políticos y comportamiento electoral. Infidelidad incipiente en un peculiar bi-partidismo» en «Transición en Paraguay. Cultura política y valores democráticos. 1998», CIRD, USAID.

namental significará un quiebre del sistema y en tanto esa matriz colorado-céntrica ha perdurado y sobrevivido a los diferentes regímenes y situaciones, es también fácil de entender la actitud de incredulidad respecto a esa alternancia partidaria en el gobierno.

Dentro de algunas élites oficialistas, esta sensación de segura permanencia de su partido en el gobierno y la identificación del Partido Colorado como Partido Estado los lleva a pensar que desafiar a quien gobierna es conspirar contra las instituciones. Por tanto, la pretensión de alternar es percibida como un intento de golpe institucional, de ruptura con el marco legal tal cual está consolidado.

Esto se traduce en el sistemático intento de criminalización de los partidos y grupos de poder en general que cuestionan su accionar y que, real o aparentemente, apoyan candidaturas alternativas. Las voces críticas al gobierno desde fuera del partido son percibidas como voces transgresoras de la legalidad. Por supuesto, no siempre se procede por la directa calificación de golpistas, sino por cualquier otro tipo de actividad que se imputa como ilícita.

Ilustrativamente, en la competencia interna de los diversos sectores dentro del partido de gobierno no existe ni remotamente el mismo nivel de descalificación por ilegalidad. Parece confirmarse así que dentro del mismo partido sí es aceptada la competencia y la oposición como legítimas. Precisamente en esta característica se apoya una de las cualidades que explican su permanencia en el poder: la reconstrucción interna de una competencia que es asumida como impertinente hacia el exterior de los límites partidarios.

Asimismo, y esto puede sorprender más, en muchos de los discursos y prácticas políticas de los grupos de la oposición también aparece esa misma incredulidad de que exista una alternancia. Se puede identificar una retórica pendular entre propuestas de transformación radical colonizadas por clichés que prometen un país irreal y otras que no presentan mayores diferencias con el partido de gobierno, apostando por replicar sus prácticas y discursos. Los primeros parecieran asumir la imposibilidad de desplazar al partido gobernante en la ingenua construcción de quimeras, los segundos, en su intención resignada de imitarlo.

Esto también puede ayudar a explicar otra característica distintiva del sistema en las últimas décadas, que es la imposibilidad de construcción de un proyecto alternativo de país. Sin dudas existen muchos factores que abonan la marcada dificultad articuladora⁴, pero quizás todos esos

⁴ Ver: Pablo Brugnoli: «De cooperaciones y redes: ¿Qué significa gobernabilidad democrática en Paraguay?» En Revista Novapolis, N° 5, noviembre de 2003.

factores podrían disminuir sustancialmente su impacto si surge la convicción de que la alternancia es posible. Si el premio mayor del gobierno proyecta su sombra sobre los actores políticos de la oposición, seguramente ayudaría a concretar los intentos de mantener la apuesta de la unidad. Sin esa mínima fe, la estrategia más racional es la de apostar por un beneficio particular, menor a la obtención del gobierno, pero mayor que mantenerse totalmente en el llano. Para evitar entrar en detalles demasiado complejos, podríamos tomar un conocido modelo de la «teoría de juegos»⁵ como un dibujo aproximado de la situación que se plantea al conjunto de los opositores y que nos señala los principales factores que hacen al problema de la articulación.

El modelo se llama «dilema del cazador» y representa a un grupo de cazadores que tiene rodeado a un ciervo, al que se aproximan lentamente. Si lo capturan, cada uno recibirá una parte proporcional de la pieza. En ese momento pasa un conejo. Los cazadores deben elegir entre seguir tras el conejo (defraudando a los demás, porque al abandonar su puesto, se escaparía el ciervo) o continuar en pos del ciervo. Todos ellos prefieren una parte de ciervo sobre un conejo entero (aunque el conejo es un bien de obtención más inmediata), pero si sospechan que alguno optará por seguir al conejo, le conviene a él ser el primero en defraudar, para no quedarse sin ninguno de los dos animales. Aquí, la solución del juego depende del nivel de confianza que exista entre los participantes, además de la importancia que le atribuyan al futuro en relación al presente. Si asumimos que los cazadores son los políticos de la oposición y el ciervo, en tanto premio mayor, el pre los más favorecidos). La importancia que le atribuyan al futuro en relación al presente significa que si predomina un pensamiento cortoplacista, los actores preferirán un beneficio inmediato, aunque menor, que uno mediato pero mayor. Es en este factor donde se introduce la

⁵ Esta teoría fue desarrollada por matemáticos a principios del siglo XX, con la intención de modelizar programas para «racionalizar» las estrategias de juegos. Los economistas comenzaron a pensar los comportamientos económicos no sólo en términos racionales cuya lógica es: «¿cuál curso de acción maximiza o satisface mejor mis objetivos?», sino en términos estratégicos: «¿cuál curso de acción maximiza mis objetivos dadas las acciones de los demás con los cuales interactúo?». Luego, la Teoría de Juegos, como lenguaje lógico y racional de las interacciones humanas, extendió sus aplicaciones fuera de la economía: desde la ciencia política a la sociología. Con ella, «se describe el comportamiento económico como la elección por parte de dos o más 'jugadores' respectivamente de una estrategia dentro de un conjunto (finito o infinito) de estrategias posibles, tomando en cuenta que el resultado final dependerá de las combinaciones de las respectivas elecciones hechas por los adversarios en el juego mismo que terminará con la repartición de las ganancias (positivas o negativas)». Ver: Molinari, Ernesto; Entrada: Teoría de los Juegos. En Bobbio, N., N. Matteucci y G. Pasquino; «Diccionario de Política», Siglo Veintiuno Editores, México, 1995.

incredulidad sobre la alternancia: en tanto es bastante claro que los líderes sociales y políticos tienen un nivel de confianza mutua bajo y tampoco tienden a creer en la posibilidad real de acceder al gobierno a partir de un desplazamiento del partido gobernante, predomina la estrategia cortoplacista de la desertión. Si cazar al «ciervo» se interpretara como una posibilidad cercana se podría constituir en un factor aglutinante que disminuya los otros obstáculos. Pero la inseguridad respecto al resultado determina el resultado. Nuevamente, la incredulidad de la alternancia juega un rol decisivo en la dinámica política.

Esta sensación inmovilista, de parálisis e imposibilidad de alternar el poder político, menoscaba las posibilidades de consolidar un proyecto alternativo y nos permite explicar, aunque sea en parte, la ausencia de una opción medianamente desarrollada de programas que se presenten como propuestas realmente distintas y verosímiles para el país. Parece que la escasa fe en la cosecha desalienta la siembra, y el sistema político aparece, por tanto, como un erial.

Conclusiones

El artículo tuvo la pretensión de reflexionar brevemente sobre el contexto político del Paraguay actual. De los múltiples hechos que pueden abrir líneas de análisis se ha seleccionado uno que, quizás, sea muy simple y hasta de Perogrullo. Efectivamente, se apoya en una constatación empírica que todos conocen: en la historia del país nunca se ha dado una alternancia democrática de partidos en el poder. Sin embargo, aquí se intentó delinear un esbozo analítico que permita interpretar esa ausencia como una marca distintiva del funcionamiento democrático en el país, como un factor que determina el funcionamiento total del sistema, sumergiéndolo en dinámicas que mezclan mecanismos autoritarios en el marco de un sistema democrático.

Por supuesto, sin reivindicar el hallazgo de un nuevo tipo de democracia, ya exageradamente cargada de apellidos, el objetivo es atender a una característica que puede tener un valor heurístico importante al momento de pensar la situación política de las últimas décadas.

Es necesario pensar en la génesis de este fenómeno que ya es una marca cultural del sistema político. Quizás debamos relevar los aprendizajes negativos, es decir anotar esos momentos históricos que parecieron abrir una nueva historia a partir de construir la posibilidad de alternativas, y que finalmente derivaron en decepciones colectivas. Seguramente, hurgar las raíces históricas resulte interesante, pero más interesante será pensar en las consecuencias que esta matriz tiene sobre el funcionamiento del sistema político, y en un segundo momento,

pensar en todos los cambios que pueden sobrevenir cuando este imaginario de un Partido Colorado gobernando *per secula seculorum* termine. Porque más allá de los determinismos culturales, la alternancia es posible, podrá ser en las próximas elecciones o en las subsiguientes. Si existe democracia, tarde o temprano sobreviene un cambio de partido en el gobierno. Sin ignorar las denuncias puntuales y el descreimiento ciudadano, los analistas asumen que el fraude electoral no ha enviciado los últimos resultados electorales. Por tanto, si eso sigue así, en el momento de la alternancia algo muy profundo se romperá en el sistema político paraguayo, y estaremos entrando en una nueva lógica de funcionamiento, donde la posibilidad de cambiar las élites de gobierno si no cumplen con el mandato popular que le fuera entregado ingrese en el cálculo de los políticos y los ciudadanos.

Pero igualmente, debemos decir que lo dicho hasta aquí no significa en absoluto que una alternancia, o la asunción de una real posibilidad de alternancia de partidos en el gobierno sea el elixir que esfumará los problemas. Ni mucho menos. La situación del país es extremadamente crítica, y sea con la permanencia o el desplazamiento del partido gobernante, el principal desafío es construir un modelo de desarrollo diferente. En este objetivo no hay banderas partidarias, e incluso podemos afirmar que debe trascenderlas y encontrar apoyos en diversos grupos sociales y políticos.

La democracia no ha logrado revertir un modelo en el que el Estado está totalmente absorbido por el interés de un pequeño grupo político-empresarial y en el que la ciudadanía asume un rol prescindente y resignado.

Ese es el problema que la democracia paraguaya debe resolver. Evidentemente, las soluciones requieren enfrentarse a poderes económicos y políticos y, por tanto, sólo pueden fundarse en el poder democrático, en el derecho al voto del ciudadano, que para su cabal ejercicio debe asumir la posibilidad real e imaginada de la alternancia en el poder. Es decir, no podemos dudar de que la «inverosímil alternancia» es un obstáculo recurrente. Pero eso no significa que sea un fin en sí mismo, sino un mecanismo necesario de todas las democracias para que podamos asistir a un total desarrollo de su lógica implícita.

En esa misma línea, tampoco significa cargar las culpas al partido en el gobierno. Como vimos, estamos frente a un problema estructural que afecta a todos los partidos y a la ciudadanía en su conjunto, y que como tal debe ser asumido. En definitiva, la democracia paraguaya necesita una re-fundación, y ese desafío sólo puede ser emprendido como una tarea colectiva, recreando la pluralidad de partidos políticos y grupos sociales en un nuevo marco de convivencia.

Bibliografía

- Abente Brun, Diego: “Un sistema de partidos en transición: el caso del Paraguay” en *Revista Paraguaya de Sociología* n° 96, mayo-agosto de 1996.
- Brugnoni, Pablo:
“De cooperaciones y redes: ¿Qué significa gobernabilidad democrática en Paraguay?”
En Revista Novapolis, n° 5, noviembre de 2003 (www.novapolis.pyglobal.com).
- Caballero, Esteban, “Cultura política, sociedad civil y participación ciudadana; el caso paraguayo” está en *Cultura política, sociedad civil y participación ciudadana, el caso paraguayo*, CIRDA/USAID, Editorial Grafitec, noviembre 2003, Paraguay, A. Vial, coordinador.
- Lachi, Marcello: “Gobernabilidad al estilo paraguayo”, en Revista Novapolis n° 7, Mayo de 2004, (www.novapolis.pyglobal.com).
- Latinobarómetro: Informe de Prensa 2006, www.latinobarometro.org
- Mendonca Daniel, “La maquina de gobernar”, Editora Intercontinental, Paraguay, 2004-
- Molinari, Ernesto; Entrada: Teoría de los Juegos. En Bobbio, N., N. Matteucci y G. Pasquino; “Diccionario de Política”, Siglo Veintiuno Editores, México, 1995.
- Morínigo, José Nicolás: “Partidos políticos y comportamiento electoral. Infidelidad incipiente en un peculiar bi-partidismo” en “Transición en Paraguay. Cultura política y valores democráticos. 1998”, CIRDA, USAID.